

La escuela pública debe cultivar la industriosisidad del educando para cimentar su capacidad productora : su eficiencia.

**Enseñanza industrial:** Informe presentado sobre este tema oficial por Pedro Figari, abogado, y J. C. Figari Castro, arquitecto, al 2.º Congreso del Niño, celebrado en Montevideo.

#### ÍNDICE

- I. **Antecedente:** *El interés individual se identifica con el de la sociedad y la especie: éste es el criterio moral, y el jurídico consiguientemente.*
- II. **Vivir es adaptarse: adaptarse es mejorar.**
- III. **La adaptación presupone esfuerzo: trabajo.**
- IV. **Educación es favorecer el esfuerzo orgánico de adaptación.**
- V. **La obra educacional implica conciencia, esencialmente.**
- VI. **Conclusiones.**

Montevideo, 29 de Agosto de 1918.



MONTEVIDEO

IMPRENTA DE DORNALECHE HERMANOS

Calle Cerro Largo, 783 y 785

1919

**I. — ANTECEDENTE: El interés individual se identifica con el de la sociedad y la especie: éste es el criterio moral, y el jurídico consiguientemente.**

El hombre, como la planta, requiere un ambiente favorable para prosperar. Si se asocia es, justamente, para obtener las ventajas de la mancomunización del esfuerzo, que multiplica los resultados; pero, así como este propósito socializador forma aquel ambiente auspicioso, que aprovecha a la sociedad y al asociado, toda transgresión individual tiende a disolverlo, porque atenta al interés común, y, por lo propio, disocia <sup>(1)</sup>. Ésta es la guía orgánica de los hombres y los pueblos en la evolución, y por eso es que los actos encaminados en el sentido de esta ley biológica perduran, en tanto que los demás no prestan más concurso que el aleccionamiento del fracaso.

El proceso constructivo de la evolución natural no puede asentar sobre absurdos, y absurdo sería el que pudiese prosperar una sociedad donde los asociados no se interesan más que en sí mismos, sin consultar el interés social. Este contrasentido, tan frecuente, sin embargo, explica los reveses de la vida humana y la propia anomalía de que las civilizaciones tengan su ocaso, que parece fatal, así como el que todavía hoy las naciones se ofrezcan como núcleos organizados dominantes sobre multitudes inorgánicas hacinadas, de verdaderos esclavos, puede decirse, sea cual sea el disfraz con que se atempere tamaño anacronismo. Así es que tan a menudo entrechocan los intereses y semejan antagónicos, lo cual es la comprobación misma del absurdo.

Asociarse no es juntarse tan sólo: es disponerse lealmente a considerar identificado el interés individual al de la comunidad: regla que rige todas las formas orgánicas, tanto más cuanto más orgánicas sean <sup>(2)</sup>. Puesto que no basta la voluntad, sino que es preciso poseer también el grado de cultura requerido para la vida superior de asociación solidaria, hay que educar.

(1) Nos referimos lo mismo a los intereses morales que a los materiales.

(2) En el propio orden internacional rige esta ley. La palabra del gran americano Wilson, que, como árbitro mundial, desde la cima proclama estas ideas frente al conflicto máximo de la historia humana, como la expresión del alma de un pueblo eminentemente fuerte y hábil, es un paso decisivo abierto entre las malezas de la mentalidad tradicional, llena de prejuicios ancestrales que impiden ver estas realidades evidentes, estas verdades axiomáticas.

10 LB 1596. 47. F3

L. 341.554

Sólo por ignorancia fracasan las instituciones humanas, pero, como los efectos del error se palpan lo mismo, sean o no voluntarios, debemos esmerarnos en preparar a las nuevas generaciones de modo que cooperen eficazmente en la obra social, y así, al normalizar y elevar el nivel colectivo, si no se extirpan, se reducirán, por lo menos, las miserias, crueldades y sacudidas que entenebrecen la existencia y que hasta malogran el bienestar de los afortunados.

Si no comprendemos la sabiduría que informa la acción de la naturaleza, es porque no se nos ha enseñado a observarla. En ella puede verse claramente que la asociación implica aporte, no sólo usufructo gratuito o disfrute parasitario; y puede verse también que hasta que las unidades específicas no forman conciencia acerca de que la vida colectiva requiere probidad, lo que supone necesariamente buena fe, no hay prosperidad ni hay perduración siquiera. Sin dicho elemento regulador, la vida es accidentada; la paz, aparente. Según la equidad natural, cuando hay error o detrimento hay sanción, y a medida que se perfecciona el ordenamiento colectivo, es más celosa y más severa esta función de la justicia orgánica. El hombre es quien, halagado por los mirajes egocéntricos ancestrales que le erigen en ser de excepción, ha creído poder emanciparse de la ley natural y de la propia naturaleza, y es así que, a pesar de su inteligencia tan imaginativa, se ha procurado una situación precaria en la vida real, y a menudo infeliz, aunque crea otra cosa, aturdido por los ruidos y las complicaciones que ha juntado sobre sí mismo.

Por una falsa comprensión de la realidad, nos hemos habituado a mirarla como espectadores, ajenos a ella. Obligados a dividir y clasificar, para comprender, nos hemos acostumbrado a considerar lo real al través de la retícula de nuestras clasificaciones, lo que desvirtúa a nuestros ojos la continuidad de los fenómenos naturales, que es su característica esencial. Es así que, a fuerza de considerarla erróneamente, hemos olvidado que nuestro artificio no tiene objetividad alguna, como no sean los efectos mínimos de nuestra incomprensión frente a la inmensidad infinita de las formas y transformaciones del universo.

Fijemos claramente este concepto de la naturaleza: la vida es siempre integral. Todo coexiste, y todos, en todo instante, convivimos con el todo, cada cual según su estructura. Cada forma orgánica, cada especie, cada ser, actúan a su manera y a su favor, ya sea que se presenten favorables

o adversos para nosotros, primando en esa brega global, perpetua, los arbitrios más eficaces, y primando, consiguientemente, dicha realidad sobre nuestros subjetivismos y artificios efímeros. Se diría que la realidad es un certamen de eficiencia; lo que nos induce a pensar que la mejor conducta a seguir es el ordenamiento de nuestras actividades de la manera más hábil posible, para obtener el mayor número de ventajas a favor nuestro, en medio de la soberana indiferencia que por nuestra suerte manifiesta la naturaleza. Para este fin es que vivimos asociados: lo que demanda participación en el esfuerzo, y distribución de los beneficios, con arreglo a la equidad natural.

Este criterio substancial rige el conjunto lo propio que cada región, cada país, cada ser y cada célula, y nos indica la conveniencia de educar para la vida solidaria, en la inteligencia de que esta orientación es la más provechosa y trascendente para los destinos humanos.

## II. — Vivir es adaptarse; adaptarse es mejorar

Todo organismo tiende naturalmente a adaptarse. Esto puede verse a cada instante, y tanto más claro a medida que sean más típicas las formas de organización.

Todo nuestro ser, nuestros órganos y nuestros tejidos están empeñados en esa obra universal, y, según sea el resultado de dicho esfuerzo, prosperamos o declinamos. Lo que se encamina certeramente a satisfacer aquel propósito orgánico, biológico, esencial, es lo que va articulando los procesos constructivos, y, como orgánicos, progresivos, tan fecundos; lo que se desvía, no aprovecha ni perdura, porque no es eficaz. Por eso es trascendente la orientación a seguir; porque un error es pérdida de energías, donde las energías son siempre insuficientes para colmar la aspiración vital.

Si dicho esfuerzo de adaptación es la ley ineludible del organismo, la obra educativa, que es eminente obra social, no puede ser otra que la de facilitar su cumplimiento, puesto que, de no ser así, fracasa indefectiblemente.

Vemos en la naturaleza que el esfuerzo asiduo realizado en favor de la prole, va siempre, invariablemente, dirigido a habilitarla para esa lucha perenne de adaptación, y vemos también que para llevar a buen término esta empresa, frente a los escollos y las dificultades, se acude a veces a arbitrios verdaderamente admirables. Se advierte tal empeño-

sidad en esa tarea; el agente se amaña de tal modo para llevar a término este cometido que conduce a la perduración y al triunfo, que por su sabiduría, su tenacidad e ingenio, a menudo los arbitrios asombran al observador. Y dicha industriosisidad—única palanca eficaz en medio de las tortuosidades y de la variedad infinita de obstáculos que ofrece la brega total de los elementos— es de tal modo orgánica, que se manifiesta como ingénita desde los primeros gestos de la cría.

Al observar al niño, también notamos que pone espontáneamente su industria a contribución, como elemento preferente de aplicación de sus energías: trabaja; y apenas cesa este propósito orgánico, sus energías pletóricas desbordan las múltiples formas del juego y del retozo. Esa predisposición estructural, congénere de la que se observa en toda la naturaleza, hay que cultivarla, pues, como fuerza insustituíble, tanto individual como socialmente, para los destinos del hombre.

Tomar al niño, inmovilizarlo en el banco de la escuela, comprimiendo sus bríos ejecutivos para encauzarlo por entero hacia la escualida especulación mental, abstracta, que, si puede llegar a comprender más o menos penosamente, no le interesa, es contrahacerlo, y, por lo mismo, desadaptarlo, suprimiéndole o rebajándole su modalidad orgánica más fructuosa: la productividad. Este tratamiento, que excluye la acción, al polarizar toda la mentalidad dentro del campo subjetivo, durante el período escolar, constituye una verdadera mutilación de la individualidad, de graves consecuencias sociales, por cuanto, si al ejercitar el niño simultáneamente las facultades y aptitudes se equilibra y se amplía, al ejercitar sólo algunas, se unilateraliza, y queda así restringido su campo de actividad. Si acaso el egrésado, por la costumbre, no se hubiese despreocupado enteramente de todo ejercicio integral, dicho desperfecto queda irremediado en nuestro ambiente, donde no hay culturas productoras que puedan reintegrarlo y reformarlo con eficacia.

Es que tampoco puede decirse que el período escolar sea un simple compás de espera, porque fundamentalmente es la edad en que el individuo plasma sus formas, y cuando más fácil es que una facultad no ejercitada se atrofe, quedando sustituida por un hábito. Entre nosotros, donde no hay sugerencias productoras, dicho hábito es la especulación mental, que hace desdeñar el trabajo y amuralla en el expediente vegetativo, cuando no en el devaneo, el ensueño embriagante,

tan efímero e infecundo. Queda así el escolar, por lo común, definitivamente deformado, inútil, desadaptado, en vez de educado, eficaz y apto.

Esto obliga al egrésado a un trabajo de readaptación a la realidad, que, si es superable a fuerza de voluntad, resulta dificultado y hasta penoso a causa de las propias disciplinas escolares. Para interesar al alumno en este régimen de unilateralización mental, de pura afectación intelectual, se ha debido hacer hincapié en la vanidad, puesto que ningún otro estímulo puede emerger en ese plano tan abstracto. Sólo un régimen de educación integral puede ofrecer otros estímulos. Al aplicar entonces las energías estructurales del alumno a sus fines naturales, son los resultados tangibles del trabajo mismo los que sirven de aguijón, y, al despertar el anhelo de la independencia económica obtenida por esfuerzo propio, se consigue el sumo bien individual y social, sin infligir la tortura máxima de la deformación. Si se concibe como excepción que pueda optarse por una enseñanza puramente abstracta, no se concibe que dicha enseñanza la vierta el Estado ordinariamente para llenar su función social.

Si hemos de enseñar, comencemos por cumplir la ley medular de adaptación. La enseñanza alcanzará su mejor auge al secundar este anhelo orgánico, en vez de sustraer el educando al medio, a título de preparación, régimen que por su artificiosidad tiende al automatismo, que es regresión. Para que la escuela responda a su finalidad racional, debe considerársela, no como un paréntesis en la vida, sino como la vida misma conducida de un modo ideal, a fin de que sirva de ejemplo y de estímulo. Sólo así obrará eficazmente en el proceso orgánico natural de mejoramiento de la condición del hombre como unidad social.

Si vivir es adaptarse, si adaptarse es evolucionar, educar es enseñar a vivir, en la acepción más amplia del vocablo, puesto que, al encaminar de un modo más consciente y directo las energías a su fin natural, se logra el resultado máximo que es dado esperar: el mejoramiento del hombre, el de la sociedad y el de la especie.

### III. — La adaptación presupone esfuerzo: trabajo

Naturalmente, todo organismo tiende a adaptarse para mejorar de condición. Esto implica esfuerzo, trabajo. Para secundar esta modalidad congénita, debe enseñarse a trabajar

Si es ésta la ley a cumplir en todas partes, en estos países es más obligado hacerlo, por cuanto no hay antecedentes de cultura productora, y todo razonamiento sano y serio aconseja que nos consagremos al trabajo productor.

En estos países ubérrimos, no obstante, la escuela prepara para una vida irreal, en vez de adiestrar para la multiplicidad de las realizaciones constructivas, que conducen al florecimiento integral. Lo que debía ser materia de más esmerado cultivo: el ingenio, el ingenio práctico, es precisamente lo que más excluido queda de todo programa educacional; por manera que al descartar las energías productivas congénitas del alumno, se le inutiliza y se atenta al interés de la comunidad, dado que una preparación que no fomenta la productividad, fomenta el parasitismo.

El ingenio no es una facultad especial del individuo: es la individualidad misma empeñada en un propósito realizador. Y bien: en nuestro régimen educacional, esta preciosa modalidad queda por completo relegada, inerte.

Omitir la productividad en la obra social de la enseñanza, es como omitir la nutrición de un organismo. Dejar de mano este elemento, el más remunerador, el que mejor tiende a conocer, evaluar y aprovechar nuestras riquezas y aumentarlas, lo propio que los demás recursos ambientes; no disciplinar esa aptitud complexiva, proteiforme, la única capaz de hallar los mejores senderos de utilización de la actividad y de allanar los obstáculos de la empresa productora; descuidar esta modalidad superior e irremplazable, la que, a la vez que engendra los optimismos más saludables, alimenta el espíritu ejecutivo y, por lo mismo, efectivo, reditivo, prolífico, si no es decapitar el enseñamiento, es castrarlo, por lo menos, puesto que se le priva de toda fecundidad vigorosa. Es cuanto puede hacer la imprevisión.

Para educar, no basta dar nociones teóricas, por completas que sean, puesto que dejan al alumno perplejo ante cualquier dificultad, e impotente para obrar. Un espejismo corriente nos hace creer que la noción teórica es un conocimiento cabal, cuando no es más que una imagen expuesta a desvanecerse sin aplicación práctica. Lo que se aprende experimentalmente, eso sí, es noción indeleble en nuestra individualidad, dispuesta a todas las adecuaciones prácticas. Es distinto tener noticia de un fenómeno o de una ley, y haberlos observado o comprobado directamente. Por eso la escuela, para ser de efectos positivos y trascendentes, debe ofrecerse como un laboratorio en plena actividad, que permita las gimnasias prácticas de exteriorización.

Para educar es preciso, no sólo idear, sino ejecutar. Es esto lo que induce y prepara a la acción fructuosa. Se operan entonces un movimiento progresivo de fecundación y refecundación: más se idea, más y mejor se trabaja; más se trabaja, más y mejor se idea. Este proceso, que concuerda con las exigencias orgánicas, puede dar los frutos superiores de la cultura integral de un pueblo, mientras que aquellas disciplinas subjetivas subvierten el fin social de la enseñanza, formando ineptos, en vez de personas competentes para el trabajo productor, que es la gran palanca evolutiva.

Ni los propios bienes morales quedan en salvo en aquel régimen; al contrario, son los que más se comprometen, porque no hay valor moral que quede suficientemente garantido frente a los desfallecimientos inherentes a una pasividad forzosa, o contra los quebrantos de la miseria, que son la ley de la incapacidad. Además, si el propio trabajo, así como el juego, sociabilizan, la abstracción predispone al ensimismamiento y a todas las variedades de la misantropía.

En un régimen puramente teórico, se forman «instruidos»<sup>(1)</sup> y envanecidos, los que, inermes para la lucha plena, tienen que someterse a todas las humillaciones para valer de algún modo, aunque sea aparente, mientras que en un régimen racional se forman hombres aptos, independientes, animosos a la vez que ponderados, capaces de producir con provecho propio y social. Es de éstos únicamente que debe esperarse el florecimiento democrático superior.

Nada educa y moraliza tanto como el trabajo. Es esto lo que puede realmente disciplinar la vida social, porque presupone orden y parsimonia, previsión y perseverancia, que son los sustentáculos de la probidad. Esta fuerza es el único cemento moral bastante a fundar una democracia franca, floreciente, venturosa. En el campo de las elucubraciones — tan frecuentemente campo de inanidad — es donde retoñan los torpes arbitrios ancestrales, las formas de explotación social y la expoliación como base de enriquecimiento, fuera de las supersticiones, fobias y demás patrañas en que confiaron su suerte las épocas pretéritas. Es el palenque de la regresividad donde se embotan las energías más constructivas y fecundas, el mismo que al anular este factor evolutivo

(1) Se llama generalmente en Sud-América «persona instruida» a la que puede hablar sobre cualquier asunto, aunque sea incapaz de realizar trabajo práctico alguno, y aun de distinguir prácticamente lo bueno de lo malo, a causa de no haber intervenido ni experimentado las formas de producción.

por el fomento de la especulación a destajo, lleva al reino estéril de las chicharras.

Hay que cuidarse en estos países de la ineptitud productora, porque si la adaptación, como proceso natural evolutivo, demanda esfuerzo, trabajo, los países menos evolucionados son los que más tienen que empeñarse en trabajar, y, por lo mismo, en enseñar a trabajar.

#### IV.—Educar es favorecer el esfuerzo orgánico de adaptación

La vida es puro aprendizaje. En su insaciable anhelo de mejoramiento, el hombre y las colectividades humanas procuran reducir todo lo que obstaculiza ese propósito íntimo del organismo, y fomentan todo lo que puede facilitarlos. Es absurdo pensar que la escuela no deba secundar muy particularmente dicho proceso natural, tan medular; al contrario, es ella la que más tiene que empeñarse en conducir a buen término dicho esfuerzo. Su misión es, precisamente, la de orientarlo por la vía más directa de consecución, y ordenarlo, para acentuar su eficacia.

Sentado esto, y dado que la tutela escolar es temporal, la escuela debe preparar al alumno de modo que al egresar pueda guiar útilmente sus actividades, con aptitudes productivas que lo habiliten, como *mínimum*, para bastarse a sí mismo. Todo esto es esencial.

Cualquiera que sea el grado de preparación escolar, supone dos elementos indispensables: 1.º formación de una conciencia-guía; 2.º aptitudes para esgrimir prácticamente el ingenio. Por muy elementales que sean estos rudimentos escolares, si la educación ha de servir como un factor efectivo, individual y social, no ha de omitir ni la formación de un criterio básico central, el que necesariamente ha de comprender el campo productor, ni puede omitir la habilidad ejecutiva, práctica, puesto que dejaría al egresado incapaz de vivir útilmente en sociedad (1).

(1) En Sud-América tiene más importancia la lucha contra el «amanuallismo» que contra el propio analfabetismo. Es un error suponer que este problema tenga igual significación en estos países que en los del Viejo Mundo. Entre nosotros es un elemento más infecundo y peligroso el amañado que el analfabeto, puesto que el que sabe trabajar, aunque no sepa leer ni escribir, puede prosperar, mientras que al que no sabe producir, de nada o muy poco le valdrá la instrucción mínima que puede adquirir, en la campaña muy principalmente, y se halla así imposibilitado de ordenar su actividad y sus medios de existencia.

La propia instrucción industrial no debe iniciarse (y mucho menos en estos países) por el conocimiento de la manipulación de las industrias usuales, sino desarrollando la industriosisidad del alumno, lo que, al preparar su conciencia productora, lo habilita para intervenir con criterio en esas mismas industrias, y lo dispone así a las iniciativas. De este modo puede obtenerse el artesano competente para arbitrar en cualquier emergencia, mientras que del otro se produce el operario autómatas, destinado a las mil formas de esclavización que inspira el afán de lucro de los empresarios, y esto no puede ser un anhelo social.

Se dice a menudo que el saber no ocupa lugar. Esto es cierto; pero, pudiendo sustituirse un conocimiento extemporáneo o inaplicable por otro más oportuno y provechoso, conviene metodizar la enseñanza de modo que ésta tenga la mayor efectividad posible. Lo primero facilita la obra del maestro, y hasta su comodidad; lo último consulta los fines más esenciales de la educación.

Enseñar a trabajar no es enseñar puros recursos técnicos. De igual modo que enseñar cirugía no es enseñar a cortar, sino ante todo a saber por qué y para qué se corta, el trabajo productor requiere saber por qué y para qué se produce. La enseñanza presupone la formación de un criterio regulador, social-productor, a la vez que habilidad manual ejecutiva. Enseñar a producir es guiar el esfuerzo productor de modo que vaya lo más directa y eficazmente a dar satisfacción a la necesidad o aspiración orgánica que lo determina.

El ideal sobre este punto es conducir las energías por la línea individual más espontánea, a fin de que el niño obtenga el mayor número y la mejor calidad de recursos, esto es, en la vía vocacional, que es la única que le permite obtener el *máximum* de su productividad. Si la simple preparación técnica, teórica o manual, se ambiciona por los grandes industriales que aprovechan de los egresados tanto mejor cuanto más numerosos sean, esto no consulta ningún interés superior. Preparar simples accesorios de usina, que no tienen perspectivas de emancipación posible, es crear los obstáculos que deploran las viejas sociedades, los mismos que tan sabiamente han evitado los Estados de Norte-América.

Si algo hay que eludir en la tarea educacional, es el peligro de la explotación del hombre por el hombre: mácula y rémora que deslucen y obstaculizan la plena vida social y la prosperidad colectiva, privando al ambiente de lo mejor que puede ofrecer: la probidad y la equidad, que distribuyen los

beneficios y enardecen para la empresa, haciendo que el trabajo no sea una penalidad, sino un esfuerzo orgánico, saludable por lo mismo.

Los técnicos, ya sean teóricos o manuales, por hábiles que sean, requieren, como la máquina, que alguien dé impulso y dirección a su trabajo. Ellos sólo están preparados para trabajar por cuenta de otros, y en estos países, si esto no fuese desacertado en sí, ofrece el inconveniente de no contarse con quien pueda asumir la dirección, por cuanto esto exige concursos colectivos y no hay tradiciones propias ni ambiente productor. La pura preparación técnica nos relegaría, pues, a la condición paupérrima de imitadores, quizá definitivamente, lo cual, además de ser ineficaz, — por cuanto cada región, cada pueblo y cada oportunidad presentan problemas distintos que deben ser resueltos dentro de una estricta adecuación racional para darles buena solución, — es también risible, por cuanto mueve a risa el ver los automatismos por debajo de una afectación de conciencia. Es ver el hilo del titere (1).

Por haberse descuidado tanto las culturas prácticas, es que siendo tan fácil prosperar mediante la explotación de las riquezas naturales, se sienten también en Sud-América, con cierto carácter endémico, las insinuaciones del ideal parasitario y hasta algo del llamado cáncer del proletariado intelectual, verdaderas aberraciones en estos medios. Es que por falta de aptitudes productoras, la actividad queda en gran parte contraída al expediente vegetativo, a la burocracia y la política profesional, lo propio que, por no ser resultado de un proceso de selección, desborda de aspirantes estos campos, y entorpece, en vez de facilitar, la vida colectiva.

Llega a tal extremo nuestra incomprensión en este orden

(1) Así, por ejemplo, al propio tiempo que se proclama que el dibujo es un lenguaje, por cuanto es la expresión gráfica de un estado subjetivo, se enseña a copiar, ordinariamente, a copiar yesos todavía, de un modo servil, lo que excluye por completo la antedicha concepción del dibujo; y cuando se va más allá, se copia a la naturaleza o se la «interpreta», que es también una forma pasiva de considerarla, y excluye, por lo mismo, la emisión del concepto propio. Si en vez se enseñara a observar libremente, cada cual expresaría su concepto propio, personal, que es lo que interesa, y no la incondicional reproducción geométrica de lo objetivo, cuando no un simple papagayo. Si el dibujo, como la escritura, se encarase francamente como un medio de expresión, éste no sería una habilidad excepcional, sino algo común como el lenguaje. Este recurso, tan esencial a la cultura productora y tan útil para desarrollar las actividades plásticas en general, y hasta para ordenar por la observación la mentalidad, queda de aquel modo desnaturalizado e infecundo como adorno inútil. Ese falso plan deslíe la individualidad, en vez de acentuarla, y nos desvincula cada vez más del ambiente

de asuntos, vital, sin embargo, que con ser todos los pueblos cultos más industrioses que el nuestro, en todas partes preocupa más que aquí el problema productor. Es cierto que las tentativas hechas fueron tímidas, mal encaminadas, lo que ha contribuido a desinteresar más y más la atención pública de este sector que tan a fondo afecta a nuestra economía.

Lo que se presenta más difícil para dar seria iniciación a todo trabajo industrializador, es la falta de un elemento tan esencial como es el criterio productor, es decir, lo único que puede encaminar con seguridad los primeros pasos, que son los más arriesgados: he ahí el obstáculo.

## V. — La obra educacional implica conciencia, esencialmente

Frente al problema productor, se nos ofrecen dos soluciones fundamentales: imitar a los países industrializados o industrializarse con criterio propio. Lo primero, si no fuese deprimente, debería descartarse por ineficaz. Esta solución postergaría indefinidamente nuestra iniciativa cultural, sin lucimiento ni provecho, porque aspirar a la cultura propia por medio de la incorporación de progresos ajenos, sería lo mismo que aspirar a la originalidad por la copia.

No queda entonces más camino que el de formar una conciencia regional, bien nuestra; y como es conciencia, en definitiva, la suma de experiencias propias, debemos acometer la obra experimental vigorosamente, a fin de plasmar esa fuerza esencial de todo progreso efectivo. De este modo es que podrá formarse no sólo la conciencia del dirigente, sino la popular, como único medio de perfilar nuestra autonomía, nuestra individualidad, nuestro carácter: resultado que no puede esperarse de una conciencia refleja, libresca, la que comienza por no ser conciencia.

La industria resume la sabiduría y el carácter de un pueblo. Hoy día menos que nunca puede dudarse de esto, así como de que la capacidad industrial es lo que determina el grado de eficiencia. Y así ha sido siempre. Para juzgar las civilizaciones pretéritas, hemos debido escudriñar principalmente sus formas industriales, puesto que son ellas las que mejor pueden suministrarnos una idea precisa acerca de su cultura efectiva, así como de su índole, costumbres y aptitudes. Ni se concibe que un pueblo haya dejado de poner a contribución su ingenio productor, para dar satisfacción a

sus necesidades y aspiraciones. Sólo aquí, en Sud-América, hemos podido creer que basta la teoría, en el orden educacional, y que, en el orden económico, basta explotar las materias primas para su exportación, bien que pretendamos un puesto internacional honroso de pueblos modernos, cultos, lo cual es un contrasentido.

Estos países, formados por trasplante de razas diversas sobre tierras vírgenes, no pueden requerir el mismo tratamiento educacional que las sociedades homogéneas del Viejo Mundo, las que vienen evolucionando sobre su propia obra, empotrada en el ambiente, y dentro de una trama tradicional identificada con las peculiaridades de la raza. En estos países nos debatimos en territorios despoblados inmensos, incultos, desprovistos a veces, muchas veces, hasta de los elementos más indispensables; poblaciones rarefactas y desamparadas, las que, por lo común, no pueden corresponder a la demanda de las metrópolis, arrogantes y voraces, ofuscadas por una acumulación abigarrada de progresos importados, los que nos dan la falsa idea de una cultura propia, frente a una realidad que lo desdice. Es así que tan a menudo apelamos a los extranjeros para que nos hagan palacios y monumentos a la usanza europea, para que regenten nuestras escuelas e instalen nuestras usinas, y, a poco andar, todo esto nos da la ilusión de ser nuestro, cuando no es más que un exotismo en el medio; como si endosáramos un uniforme académico prestado, para aumentar nuestro volumen cultural.

Está bien que echemos mano de los preciosos recursos técnicos acumulados en el mundo para aprovecharlos con criterio, pero es una aberración que confiemos al extranjero la dirección de nuestra mentalidad y de nuestra actividad productora. Desde luego, el extranjero, por hábil y honesto que sea, no puede llenar dicho cometido antes de haberse empapado en nuestro ambiente, para penetrar la psicología de la raza y para conocer las peculiaridades de la región, así como los recursos y aptitudes, a fin de encaminar la mentalidad y la actividad en un sentido congruente, de modo que, al propio tiempo que se tienda a satisfacer las necesidades y aspiraciones estructurales nuestras, no las suyas, pueda darse a la producción el carácter que exprese mejor dicha idiosincrasia, desde que tal obra es de individualización más que nada.

Para que esta obra pueda ser honrosa y de provecho, debe ser dirigida por nosotros sobre el substratum americano genuinamente regional, y dentro de un plan que, como

sistema óseo, sirva de base al ordenamiento cultural. Sería inexcusable librarla al azar.

Si se quiere dar una solución sabia a este magno problema, no hay más que un recurso: el trabajo. En vez de marisclear de brazos cruzados, debemos empuñar el ariete y trabajar hondo. Hay que experimentar; hay que experimentar mucho y hay que observar, hay que observar muy atentamente. Hay que esmerarse, no sólo en multiplicar las culturas productoras, sino en encaminarlas bien, a fin de imprimirles el sello de nuestra individualidad americana, poniendo a contribución nuestras aptitudes imaginativas y nuestro ingenio. Hay que hacer valer nuestra fauna y nuestra flora, tan generosas, y nuestra rica arqueología, virgen, — lo cual, por sí solo, centuplica su valor; — hay que estudiar las condiciones de nuestras materias primas, para darles la aplicación más hábil y más provechosa; hay que poner en fermentación todas las savias constructivas de la raza, haciendo de modo que se conserve lo que de ella está más identificado con el ambiente americano; y, así, mediante estas disciplinas, entonces, sí, es de esperar que estas razas vivaces de Sud-América hagan proezas, puesto que asimilan admirablemente y tienen gran imaginación.

Si aspiramos a un puesto de honor, que todos deben ambicionar en las lides de la inteligencia y del trabajo, es menester producir y producir bien. Mientras mandemos los huesos y las astas de nuestros vacunos a Europa, para que nos remitan los botones con que hemos de abotonarnos y los peines con que hemos de ordenar nuestra cabellera, tenemos que ser modestos, muy modestos. Mientras creamos que es bastante instruirse teóricamente y exhibir las ideas de Hégel, de Taine o de Guyau para lucir nuestra conciencia estética, al propio tiempo que no distinguimos prácticamente lo vituperable de lo plausible, no podemos ni debemos jactarnos de nuestra cultura, porque, por de pronto, no es nuestra.

Dirigido el esfuerzo colectivamente, puestos a prueba los expertos, los estudiosos e intelectuales que han de comenzar por esgrimir su ingenio y por cimentar su conciencia industrial, artística, ni será un escollo la actual carencia de culturas prácticas y la falta de tradiciones productoras, puesto que dicha virginidad nos permite aprovechar de las experiencias mundiales previa selección libre, lo cual, junto a nuestro cosmopolitismo, puede permitirnos progresos rápidos y abundosos. Si las viejas sociedades productoras tienen que

ir rectificando trabajosamente sus rutinas tradicionales sobre un fondo de inveteradas costumbres, para ajustarlas a las exigencias modernas, nosotros podemos ir derechamente a lo más adecuado, sin trabas, como lo han hecho los americanos del norte, que asombran al mundo entero justamente en estos días extraordinarios, en que se hace tanto alarde de industriosisidad.

Pero, para esto, es necesario abordar resueltamente la solución del problema cultural productor, tan fundamental como trascendente, y dirigirlo con decisión por la vía de las experimentaciones propias, exentas de pujos simiescos.

Todos los americanos deben interesarse por igual en esta obra de individualización continental, por cuanto a todos aprovecha y para todos es igualmente cuestión de dignidad. Todos los que tengan algún elemento útil deben prestarlo, y deben organizarse y solidarizarse para concurrir más resueltamente a la empresa de la eficiencia de Sud-América (1).

Si fuera digno vivir definitivamente del usufructo de cuanto hacen los demás, sin aporte alguno nuestro, como no sean las materias primas que producen con generosa espontaneidad nuestros territorios, dejaría de ser sensato y útil, en esta singular oportunidad particularmente. Es de presumir que las naciones agotadas por esta guerra monstruosa tengan que resarcirse mediante nuestras riquezas naturales, y que, al volcar en estos países sus actividades mucho más decididas cuanto más conscientes que las nuestras, quedemos anulados como individualidades autóctonas, si acaso queda por aquí más autoctonismo que el de la naturaleza, y quedemos así sometidos al papel de simples auxiliares de sus empresas de explotación hábil, y en grande escala, que empequeñecería aun más nuestros pusilánimes aleteos, como la locomotora triunfal apaga el eco lánguido de las décimas camperas. No es tiempo ya de vivir confiados en la opulencia de nuestros territorios.

(1) No sólo los Estados Unidos de Norte-América, de espíritu excelentemente innovador, sino en Francia, Italia y en la propia Inglaterra, tan consuetudinaria, se han franqueado las costumbres oficiales ordinarias para dar cabida a todos los expertos en la empresa de la victoria, y en la obra, más constructiva por cierto, si bien de porvenir, de la reconstitución general, que, según se prevé, ha de exigir la paz sobreviniente. Es innumerable la serie de problemas que se hallan a estudio. Todo el que pueda aportar una idea o un elemento cualquiera, se considera obligado a suministrarlo, y nosotros, que todo tenemos que hacer, por cuanto nada hemos hecho, ¿permaneceremos extáticos, sin prever ni prevenir las consecuencias fabulosas de esta catástrofe mundial?

Para prevenir esta absorción de nuestra embrionaria individualidad sudamericana, no hay más que plasmar nuestras materias primas con nuestra mente y con nuestros pulgares. Sólo así podremos conservar, si es tiempo aún, ese valor máximo de la individualidad, que es todo, en fin de cuentas, en un orden elevado de aspiraciones.

Y no hay que perder más tiempo. Es preciso empezar no sólo por la experimentación directa, sino por encaminar la instrucción de modo que puedan formarse hombres aptos para experimentar, a su vez, en todas las ramas productoras, como medio de compulsar nuestras aptitudes, recursos y riquezas, así como nuestro interés colectivo, y en esa pista de racionalización de la actividad prolifera, heterogénea, multiforme, es donde podrá operarse ampliamente el proceso evolutivo sobre la doble base de la vocacionalidad y la selección, que rinden el máximo de provecho.

La propagación de los resultados de estos ensayos, y la divulgación de una conciencia productora-guía, por ínfimos que sean los comienzos, puede determinar una eclosión de energías productivas, con efectos sorprendentes, por cuanto son de carácter eminentemente progresivo. Este procedimiento, que se ha adoptado con éxito para reconstituir algunas industrias caídas en desuso, es de resultados estupendos.

Por el espejismo de lo grandioso, que sería pura impaciencia, no hay que desdeñar las pequeñas industrias. La iniciación de éstas bastaría para esperar un gran florecimiento, puesto que son las que más propagan el bienestar y las que mejor preparan a los elementos populares que han de llevar a término esta obra eminentemente colectiva, y dentro de las pequeñas industrias pueden esperarse también sólidos engrandecimientos.

Si queremos ser eficaces, muy eficaces, debemos guiar la mentalidad sobre la vía de la observación directa de la naturaleza, que nos sirve de exacto diapasón en toda emergencia. Es así, y experimentando, que podremos formar una conciencia razonada y útil, como un instrumento, en vez de esas conciencias de relumbrón, de vitrina, incapaces de satisfacer las verdaderas necesidades y aspiraciones orgánicas del pueblo. La vida natural, como escuela; la vía experimental, como gimnasia del espíritu y de la acción, pueden llevar también a estos pueblos sudamericanos, como a los ilustres conterráneos del norte, a todos los triunfos de la eficiencia.

Desde que un pueblo superior no sólo es instruido, sino

craterioso; no sólo hábil, sino emprendedor, ejecutivo, práctico, debemos trabajar. Sólo por el trabajo severo podemos conquistar un puesto eminente en el concierto internacional. Cada vez más la vida civilizada exige un fondo pensante, sesudo y ecuánime, y un ingenio sagaz y práctico, capaz de aprovechar de las ventajas que le ofrece el ambiente. Descuidar este axioma pedagógico de proyecciones individuales, sociales, humanas, es errar el camino más firme de la cultura escolar.

## VI. — Conclusiones

- 1.º La enseñanza industrial (1) debe ser la base de la instrucción pública.
- 2.º Debe tratarse de formar una conciencia productora autónoma.
- 3.º El cuerpo docente común debe irse preparando para desempeñar esta función evolutivamente y en forma práctica.

PEDRO FIGARI,  
abogado.

J. C. FIGARI CASTRO,  
arquitecto.

Montevideo, 29 de Agosto de 1918.  
Calle Misiones, 1581.



(1) Según el concepto corriente, se da al vocablo «industrial» una acepción técnica, puramente, mientras que, según nuestro modo de ver, significa productividad, aptitudes para esgrimir el ingenio práctico, iniciador, creador, ejecutivo, fecundo y ordenador, lo que presupone una instrucción educativa integral.

*Figari Pedro, 1861-1938*  
*Figari Castro Juan Carlos (1893-1938)*